TU AMOR, Ó LA MUERTE!

COMEDIA EN UN ACTO

de Mr. Scribe,

TRADUCIDA

POR DON RAMON ARRIALA.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1836.

PERSONAS.

Mr. Monvel, *agente de negocios.*

Clotilde, *su muger.*

Sauvigny.

Hortensia de Varennes, *viuda jóven.*

Fernando de Rancé, *su hermano.*

La escena es en Ruan.

Esta comedia es propiedad legitima de su editor, quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

TU AMOR, Ó LA MUERTE!

El teatro representa una sala de una fonda. Puerta en el fondo. A cada lado, en primer término, puertas numeradas. Mas allá de la puerta, á la derecha del actor, un balcon largo que se ve de adentro. Entre el balcon y la puerta una papelera. Cerca de la puerta de la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MONVEL. CLOTILDE. (*Acaban de almorzar: un mozo les sirve.*)

Mon. Decididamente, querida mia, cada vez me alegro mas del rodeo que hemos dado por venir á esta hermosa ciudad de Ruan, que no habias visto. Estas fondas del muelle no tienen nada que envidiar á las mas lujosas de París... Salones bien adornados, hermosas vistas, y muy bien servidos. Escelente almuerzo! (*Bebe, y al dejar la taza echa de ver que Clotilde está distraida y no toca á la suya.*) En qué piensas?

Clot. (*Volviendo en sí.*) Yo! en nada... Dime, á qué hora nos pondremos mañana en camino?

Mon. He dispuesto que nos tengan prontos los caballos para las ocho: por consiguiente tenemos toda una noche para descansar. Pero

7214931

eso no esplica la causa de tu distraccion. Estás triste?

Clot. No, no tengo nada.

Mon. Oh! sí, sí. Se me figura que tu tristeza empezó dos ó tres dias antes de nuestra partida de Bolonia. Me parece sin embargo que yo hago cuanto está de mi parte por distraerte: te gusta viajar, y todos los veranos emprendemos un viaje... este año hemos ido á tomar los baños de mar de Bolonia: el año pasado fuimos á Italia: hace dos años á las aguas de Bañeras...

Clot. (*Con viveza.*) Oh! por Dios, te suplico que no me recuerdes nunca las aguas de Bañeras.

Mon. Dices bien, ese recuerdo no me es menos doloroso que á tí. Cada vez que me acuerdo de aquel pobre jóven, con quien me iba yo por las mañanas á buscar plantas raras por la sierra, y á quien llegué á cobrar un afecto tan sincero...!

Clot. Qué fin tan desgraciado!

Mon. Y tan necio! matarse, y sin saberse por qué!

Clot. A mí me aseguraron que una pasion...

Mon. Mayor necedad aun!

Clot. Qué?

Mon. Digo que esa es mayor necedad!

Clot. Ah! porque no comprendes toda la estension de ese sacrificio. Tú no serias capaz de matarte por una muger.

Mon. En mi vida!

RBC/NcU

Clot. Ni aun por la tuya?

Mon. Mucho lo sintiria á lo menos, y ella tambien me parece. Porque al fin yo les pondria un dilema á esos locos... Ó la muger á quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, ó mi muerte ha de serle indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarla una diversion tan cara.

Clot. Todo eso estuviera bien, si el que quiere de veras pudiese razonar.

Mon. Y por qué no? Por lo mismo que quiero á mi muger y á mis hijos, me hago otra cuenta muy distinta, y digo para mí: "Mas útil les he de ser viviendo, que despues de muerto; y por lo tanto vivamos." Vamos á ver, á tí, por ejemplo, qué te falta? Hay en todo París una sola muger de un agente de negocios mas feliz que tú? No está siempre á tu disposicion la llave de mi gaveta? No faltas á los teatros, te abonas á la ópera, asistes á los bailes...

Clot. No digo que no...

Mon. Tienes quien te sirva, quien adivine tus pensamientos. Tu marido es tu primer criado. En una palabra, querida mia, no es verdad que no acertarias á vivir sin mí? Por mi parte te confieso que si llegases á enviudar, lo sentiria aun mas por tí que por mí.

Clot. Nunca he dicho que no seas escelente marido...

Mon. En eso fundo mi vanidad: por lo tanto, no hablemos mas del asunto: mira, para disipar tu tristeza ven á disfrutar de esta hermosa vista, y á respirar el aire fresco del rio. (*Abre el balcon y sale afuera.*)

ESCENA II.

MONVEL *en el balcon.* CLOTILDE. FERNANDO.

Clot. Dios mio! (*Viendo á Fernando, que aparece en el fondo con una carta en la mano.*)

Fer (*En voz baja.*) Chis! (*Le enseña la carta, suplicándole con los ademanes que la reciba.*)

Clot. Otra vez!

Mon. (*Volviéndose.*) Qué? (*Fernando ha desaparecido.*) Hablabas conmigo?

Clot. (*Turbada.*) Yo! te preguntaba si veias...

Mon. (*Siempre en el balcon.*) Sí, estaba mirando un carruage que ha venido por el camino de París, y que ha parado á la puerta de la fonda: aguarda... una señora se apea... buena traza! (*Saca su anteojo.*) Veamos... Hola! diantres! se me figura... sí, ella es. Ah! ah! ah! á que no sabes...

Clot. Quién?

Mon. Qué agradable sorpresa! imposible que adivines...

Clot. (*Queriéndose asomar.*) Acaba. La conozco?

Mon. Yo lo creo; una compañera de colegio, una viudita...

Clot. Hortensia!

Mon. Cabal! á lo menos tal me parece.

Clot. Es posible? Qué vendrá á hacer á Ruan, sola... Querrá que la vean? si yo supiera... iria...

Mon. Deja; parece muy ocupada en hacerse cargo de sus efectos... Oh! soy demasiado galante para dejarla... Voy á ver si es ella efectivamente, y te la traigo.

Clot. Espera: te vas? iremos...

Mon. Esa es buena! Tienes miedo? á qué has de venir? Y si no es? Vuelvo, vuelvo. (*Sale corriendo.*)

ESCENA III.

CLOTILDE, *y despues* FERNANDO.

Clot. Me deja sola! Y si viene el otro entre tanto... Dios mio! aqui está ya!

Fer. (*Despues de haber registrado con la vista el parage por donde se fue Monvel, y entrando precipitadamente.*) Por piedad, señora, dignese usted recibir esta carta.

Clot. No, caballero, no; jamas. Seguramente no sé cuándo he dado lugar á un paso...

Fer. Fuerza era escribir á usted, señora, puesto que se negaba á escucharme. Llego á Bolonia pocos dias antes de su partida, tengo

la dicha de hallar ocasiones en que hablar á usted á solas, y usted burla constantemente mis esperanzas, eludiendo una esplicacion... asombrado de esta partida precipitada, todo lo que he podido hacer ha sido buscar un caballo, y seguir desde Bolonia su carruage de usted.

Clot. Lo sé, caballero; le he visto á usted, y me ha parecido muy mal... seguramente, caballero, no puedo comprender la conducta de usted, ni menos las esperanzas que ha concebido.

Fer. Mi conducta dice usted... lo confieso, es la de un loco; de un loco que se ha atrevido á poner los ojos en usted, sin que usted le haya dado el menor motivo, es verdad... es culpable mi conducta; pero ah! señora, no me pida usted razon, no me pida usted virtudes; pídame usted amor y nada mas. Mis esperanzas, señora, arrojarme á sus pies é implorar su compasion. Nunca tuve otras.

Clot. Seguramente, un loco, dice usted bien... porque en fin, caballero, no conozco á usted.

Fer. Ah! si no es mas que eso... no debo ser un estraño para usted; enlazado con una familia á quien usted trata, pariente de una de sus mejores amigas, que me ha hablado tantas veces de usted...

Clot. (*Asustada.*) Alguien viene! (*Pasa á la izquierda de Fernando.*)

Fer. (*Vivamente.*) No, nadie... y por lo que hace á mi discrecion, señora...

Clot. (*Vivamente.*) Oh! mi marido va á volver!

Fer. Lo sé, y por lo mismo, señora...

Clot. Déjeme usted. Tiemblo!

Fer. Puesto que usted no quiere oirme...

Clot. Imposible!

Fer. (*Presentándole la carta.*) Leerá usted esta carta...

Clot. Jamas. Tanto valdria escuchar á usted.

Fer. Se niega usted? Usted cree que esta pasion es hija de un capricho, que el tiempo bastará á desvanecer... Oh! no. Pluguiese al cielo, señora! pero es un amor verdadero, profundo, eterno; es una de esas pasiones que hacen época en la vida, que la embellecen ó la manchan para siempre... una de esas pasiones que hacen á un hombre capaz de todo para conseguir el corazon de una muger!!!

Clot. (*Con viveza.*) Oigo la voz de Hortensia! Si mi marido me viese de esta suerte, sola con un estraño! Oh! retírese usted, caballero, se lo ruego á usted. (*Sale corriendo al encuentro de Hortensia por la puerta del fondo.*)

Fer. (*Siguiéndola.*) Una palabra, una palabra no mas. (*Se detiene en la puerta.*)

ESCENA IV.

FERNANDO.

Vuelve hácia las candilejas, estrújando la carta.

Y me quedo con la carta! una carta en que habia agotado toda mi elocuencia. Esta es la quinta ocasion que pierdo! Empiezo á creer que... pero no, por vida mia: no he de salir de aqui sin que me haya dado oidos, sin que me haya contestado... Gente sube... salgamos á ese balcon... esto es una fonda, esta es una pieza de paso. Quién sabe si otra casualidad como la pasada... Aqui estan. (*Pasa al balcon y le entorna desde afuera.*)

ESCENA V.

HORTENSIA. CLOTILDE. MONVEL.

Clotilde y Hortensia entran abrazadas todavia. Monvel trae varios paquetes. Una camarera le sigue con otros mayores.

Hort. Qué sorpresa tan agradable, querida Clotilde!

Mon. No podia haberla mayor para nosotros.

Clot. (*Mirando en deredor.*) Marchó. Respiro.

Hort. (*A la camarera, indicando la puerta*

de la izquierda.) Entre usted esos paquetes... en el número 6; ese es mi cuarto.

Mon. (*Con una caja de caoba en la mano.*) Y esta caja tan pesada?

Hort. (*Sonriéndose.*) No es de mi uso. Es de mi hermano Fernando, que me la encargó. Son unas pistolas de casa de Delpire. (*A Monvel.*) Encima de esa mesa. (*Monvel pone la caja sobre la mesa, y pasa á la derecha de Hortensia.*)

Mon. Es decir que espera usted á su hermano?

Hort. Debemos reunirnos aqui, en Ruan; yo vengo de París y él de Bretaña, ó qué sé yo de dónde.. porque sea dicho de paso, es el mayor calavera que hay en Francia; (*A Clotilde.*) por lo demas un jóven escelente, que te presentaré, porque arde en deseos de conocerte, y que está enamorado de tí solo por mis relaciones.

Mon. Diantre! no tiene mal gusto el picaruelo. Eso solo hace su elogio. Y confieso que para mí ya es una recomendacion el querer á mi muger. Pero ahora me ocurre que ustedes querrán charlar; estorbo, no es verdad? Ya se ve! dos amigas antiguas que han estado tanto tiempo sin verse... (*A Hortensia.*) Usted tendrá que atender á mil cosas...

Hort. Usted no puede estorbar nunca...

Mon. Ba, ba! fuera cumplimientos. Ya sabe usted que un marido siempre... Voy á hacer algunas compras para mi muger.

Clot. Te vas decididamente?

Mon. No tardaré.

ESCENA VI.

HORTENSIA. CLOTILDE.

Hort. Sabes que tu marido parece un escelente sugeto?

Clot. Sí, adivina todos mis pensamientos; nos deja solas. (*Cogiendo con las suyas las manos de Hortensia.*) Querida Hortensia, cuánto tiempo hacia que no nos veíamos! Desde el colegio, casi. Y de entonces acá qué de acontecimientos!

Hort. Es verdad. Las dos nos hemos casado. Tú con un agente de negocios, con Monvel...

Clot. Y tú con Varennes, un coronel! Cuánta mejor suerte te cupo; y qué dichosa debes de haber sido!

Hort. No sé qué te diga; y en los ochos meses que ha vivido mi marido, algunas veces he echado de menos el tiempo en que era soltera.

Clot. Es posible?

Hort. No hablemos mas de eso... se acabó... ya soy viuda.

Clot. Y con aspirantes de nuevo á tu mano, supongo.

Hort. No diré que no; uno tengo sobre todo, amable, rico... un jóven negociante del Havre, por quien se empeña toda mi familia...

pero si he de decir la verdad, todavía no me he decidido.

Clot. Por qué?

Hort. Porque me quiere demasiado.

Clot. Es posible?

Hort. Una pasion, un delirio, un volcan!!!

Clot. Y esa tacha le pones?

Hort. En un marido, seguramente.

Clot. Ojalá que el mio tuviera ese defecto.

Hort. Te tendria lástima. En el matrimonio es preciso contar con cualidades que resistan, que duren, y las grandes pasiones pasan pronto; al paso que una condicion apacible en todos tiempos es buena. Monvel, por ejemplo, me parece un modelo de maridos, bueno, amable, complaciente.

Clot. No digo que no; me quiere, es verdad, pero con un amor tan llano, tan tranquilo... es todo un agente de negocios. Se le pasan los dias hablándome de sus clientes y de sus asuntos... Seguramente no es eso lo que yo me habia figurado: yo hubiera querido un compañero que me hubiese adorado, tierno, galan, que me hubiera hablado de su pasion, que me hubiera hecho versos...

Hort. Estás en tu juicio? Un agente de negocios? Si no tienes por cierto otros cuidados...

Clot. Ah! ojalá. Pero hace unos dias, en vano trato de ocultárselo á mi marido, tengo un sentimiento...

Hort. Por qué?

Clot. Es una aventura, querida Hortensia.

Hort. Una aventura? y no me decias nada?

Clot. (*Bajando la voz.*) Un jóven que ha dado en quererme y en perseguirme... que me ha hecho una declaracion en Bolonia, que nos ha seguido hasta aqui á caballo, y que no ha mucho todavía, queria hacerme aceptar aqui mismo una carta...

Hort. (*Soltando una carcajada.*) Ah! ah! ah! Y con qué seriedad me lo cuentas! Qué te espanta en todo eso? Cuando esos caballerétes se empeñan en enamorarse, hay mas que oirlos y reirse? Es divertidísimo.

Clot. (*Sériamente.*) Divertido? Todo menos eso, para mí al menos. En cuanto veo que uno fija los ojos en mí, el miedo se apodera de mi corazon, y te aseguro...

Hort. El miedo? miedo sin duda de hacerle desgraciado? En eso te reconozco; inocente siempre, pero sin mundo: con un corazon demasiado bueno para vivir en sociedad...

Clot. (*Estrechando su mano y con tono sentimental.*) Ah! querida Hortensia! Cuando una tiene ya sobre su conciencia la muerte de un hombre...!

Hort. (*Asustada.*) Dios mio! qué dices? La muerte de un hombre! esplícate, por Dios!

Clot. Temo...

Hort. Qué? estamos solas; habla.

Clot. (*Mirando en deredor.*) Dices bien; nadie puede oirnos. Hace dos años, en las aguas de Bañeras... asistia á ellas un jóven á quien

nadie conocia; su viaje no tenia objeto conocido; nadie sabia su apellido... le llamaban Eduardo... Mi marido se habia hecho muy amigo suyo, porque le acompañaba en sus paseos de madrugada, y no habia echado de ver que me galanteaba...

Hort. Y no convienes conmigo en que es un escelente marido?

Clot. Pero yo bien claro veía que me amaba; me lo decia todos los dias con un tono tan sincero, tan apasionado... Ya supones que ni quise responderle, ni aun darle oidos.

Hort. Claro está.

Clot. (*Enterneciéndose gradualmente.*) Un dia por fin... le vi pálido, agitado, descompuesto... se echó á mis pies, y me rogó, me suplicó con los ojos cuajados en lágrimas... me despedazaba el corazon... Resisti sin embargo, no tuve compasion... Se levantó entonces, díjome que despreciado por mí, la vida le era enojosa, que solo anhelaba la muerte... se alejó, y mis labios no se abrieron para llamarle! Al dia siguiente, querida Hortensia, el diario de Bañeras dió la noticia de que el desdichado habia puesto término á su vida. Una carta que habia dejado á su criado le daba cuenta de tan espantoso designio... en valde se practicaron escrupulosas investigaciones en la sierra, hácia donde le habian visto encaminar sus pasos... no se halló de él sino su sombrero á orillas de un precipicio.

Hort. Qué aventura, Dios mio!

Clot. Se habia dado la muerte por mí, Hortensia, por mí!

Hort. Sabes que eso es espantoso, y que podia haberte comprometido? Fue una imprudencia por cierto imperdonable.

Clot. (*Con entusiasmo.*) Una imprudencia! el acto mayor de valor, el mas sublime! Era preciso querer bien de veras para eso! era preciso abrigar una alma fuerte, generosa, heróica...

Hort. Vamos! ahora será un héroe; ahora va á tener todas las virtudes imaginables porque ha muerto!

Clot. Desdichado! ah! si yo hubiera podido adivinar...

Hort. (*Con viveza.*) Qué?

Clot. Nada, nada contra mi deber; pero acaso una palabra sola hubiera bastado...

Hort. (*Meneando la cabeza.*) Una palabra.. no siempre, no siempre; quién sabe?

Clot. Ah! cualquiera cosa es mejor que un muerte...

Hort. Con todo, querida Clotilde...

Clot. (*Con bondad.*) Ah! y no solo por ellos pero tienen madre, hermanas, familia...

Hort. Sí, pero nosotras tenemos maridos.

Clot. (*Con impaciencia.*) Los maridos no se matan nunca!

Hort. Pues no faltaba otra cosa!

Clot. Con todo, tú debes comprender qué remordimientos, qué tristeza han debido que

darme... Hortensia, Hortensia, bastante es ya la muerte de uno. Oh! te juro que no tendria valor para esponerme á otro lance semejante...

(*Fernando entreabre el balcon, manifiesta en sus gestos haberlo oido todo, y se sale en puntillas.*)

Hort. Pero en fin, y tu desconocido de Bolonia? Supongo que no se querrá matar tambien?

Clot. Oh! En vista del recibimiento que le he hecho esta mañana, estoy segura de que ha renunciado á sus ideas, y de que habrá marchado... de todas suertes, estoy bien decidida á desengañarle...

Hort. Bien, Clotilde. Estimo demasiado á tu marido, á tí misma, para...

Clot. Querida Hortensia, siempre buena, siempre virtuosa. Pero te entretengo hablándote de mis penas, y acaso necesites descanso...

Hort. No por cierto; voy á entrar en mi cuarto para vestirme... espero á mi hermano, que no puede tardar.

Clot. Vas á engalanarte para recibir á tu hermano?

Hort. Quién sabe si espero á alguien mas... no te he dicho que voy al Havre, y podria acontecer, aunque yo lo he prohibido espresamente, que saliesen á mi encuentro hasta aqui.

Clot. Veinte y cuatro leguas para verte algunas horas antes! Eso es amor!

Hort. Es impaciencia, y nada mas. Antes de casarse andará cien leguas por ver á su muger, y despues no dará tal vez veinte pasos para llevarla á un baile.

Clot. Ah! en cuanto á eso, mi marido me llevaria todas las noches si yo quisiera.

Hort. Y te quejas? (*A media voz.*) Créeme, Clotilde, jamas encontrarás otro mejor... á Dios, á Dios... da un abrazo á tu marido de mi parte.

Clot. De buena gana. (*Hortensia se entra en su cuarto.*) Voy á mi cuarto tambien. Acaso me esté esperando ya.

ESCENA VII.

CLOTILDE, *y despues* FERNANDO.

A tiempo que se dirige hácia la puerta de la derecha, ve á Fernando que entra con el pelo y el vestido descompuestos.

Clot. Él es! Todavía aqui! Y estoy sola...! Démonos prisa...

Fer. Un momento!

Clot. Qué agitado parece!

Fer. Me habia puesto ya en camino, señora me alejaba de esta ciudad...

Clot. Estaba segura de ello.

Fer. De esta ciudad, donde me esperaba una hermana idolatrada...

Clot. Qué dice usted?

Fer. Que soy hermano de Hortensia, señora, de su amiga de usted...

Clot. Dios mio! voy á avisarla...

Fer. (*Deteniéndola.*) Es inútil... no he vuelto por ella, sino por usted, por usted solo, á quien he querido volver á ver por última vez... Es imposible, me dije á mí mismo, que tanto amor no halle compasion en su pecho... si vuelve á despreciarme, como esta mañana, como ayer, como siempre, sea en buen hora, me alejaré sin quejarme, y no volverá jamas á oir hablar de mí... pero esta vez, mi voluntad será irrevocable como la suya, y realizaré mi proyecto.

Clot. No comprendo... no me atrevo á... Pero usted sabe, caballero, que yo no puedo dar oidos á usted, que mi marido...

Fer. Su marido de usted? Ah! palabra maldecida! hé ahí la idea que me ha ecsasperado; esa palabra que no ha mucho, y despues de nuestra última entrevista, ha venido á interponerse como una barrera invencible entre mi amor y la felicidad que habia soñado... La única muger á quien puedo amar, la muger de quien pende mi porvenir, la veo en poder de otro, y de otro, santo Dios! á quien ama; sí, le ama, pues que por él me desprecia y me condena á la muerte... esta idea, señora, es espantosa. Desde entonces no he tomado consejo sino de mi desesperacion... y esa desesperacion, señora, no me da mas que uno, no sabe inspirarme sino una determinacion.

Clot. Desdichado!

Fer. Qué me importa ya una vida sin esperanza y sin objeto? Mi vida es usted... y usted no quiere que viva!

Clot. Sosiéguese usted, reflecsione usted... (No sé qué decirle.) (*Alto y con viveza.*) Oh! míreme usted, yo se lo suplico, en nombre de esa misma hermana que tanto le quiere.

Fer. Sí, y yo tambien, deidad de mi ecsistencia, te lo suplico en su nombre... ídolo de mi vida; tú sola puedes salvar á su hermano. Tu amor, bien mio, ó la muerte!

Clot. (Dios mio! pobre Hortensia! sola en el mundo, sin mas que este hermano!!) (*Volviéndose, y viendo á Fernando que abre la caja de las pistolas que habia quedado sobre la mesa.*) Qué hace usted?

Fer. (*Que se ha apoderado de una pistola.*) Ese silencio es mi sentencia...

Clot. Yo fallezco!

Fer. (*Desesperado.*) Deseas mi muerte?

Clot. Insensato!

Fer. (*Desesperado.*) Usted la ecsige!

Clot. (*Abalanzándose hácia él.*) No, no; jamas: al contrario! Porque, en fin, qué quiere usted? qué ecsige?

Fer. (*Acercándose rápidamente.*) Qué ecsijo? Ah! un sacrificio harto corto... un momento solo de conversacion, una entrevista no mas.

Clot. Pero mi marido va á volver!

Fer. Pues bien, luego, en esta misma pieza, á las cuatro, cuando su marido de usted no

esté... yo me encargo de alejarle de aqui.

Clot. Y bien, y qué?

Fer. Prométame usted tan solo que me oirá sin enojo, nada mas... un amor como el mio no puede ecsigir mas.

Clot. (Al menos no es ecsigente... Oh! el otro era otra cosa!) (*Alto.*) Y á ese precio consiente usted en entregarme esas armas...

Fer. Ahora mismo.

Clot. Démelas usted. (*Fernando se adelanta, presentándole la caja de las pistolas. Clotilde retrocede asustada.*) No, no! no me las dé usted... Cierre usted la caja, y llévelas usted mismo á esa papelera.

Fer. Obedezco... (*Lleva la caja á la papelera, y se aleja. Clotilde corre hácia la papelera y la cierra.*) Qué hace usted?

Clot. La cierro y guardo la llave. (*Pone la llave en su cinturon.*) Ahora ya estoy mas tranquila.

Fer. No olvidará usted la palabra...

Clot. Dios mio! qué estoy haciendo?

Fer. Señora!

Clot. Lo he prometido, bien, lo he prometido; pero... déjeme usted ahora. (*Escapándose hácia su cuarto.*) Dios mio, protegedme!

Fer. (*Viéndola marchar.*) A las cuatro! (*Saludándola.*) (*Se cierra la puerta tras Clotilde.*) A las cuatro; consintió. Oh! escelente recurso! En lo sucesivo no he de usar de otro. Las mugeres tienen sus ataques de ner-

vios para su uso particular; justo es que tambien nosotros tengamos alguna cosa.

ESCENA VIII.

SAUVIGNY. FERNANDO.

Sau. Maldito postillon! Hemos perdido medio dia!

Fer. Quién llega? Sauvigny! nuestro enamorado del Havre, mi antiguo compañero de colegio!

Sau. (*Corriendo á abrazarle.*) Querido Fernando! Hace mucho que habeis llegado?

Fer. Yo hace algunas horas, pero mi hermana ahora mismo.

Sau. Y yo no estaba ahí para recibirla, para ofrecerle el brazo! Estoy desesperado.

Fer. Por qué?

Sau. Desesperado. Tanta prisa le quise dar al postillon, que nos ha hecho volcar... una rueda se ha hecho pedazos, un caballo se ha estropeado, y se ha perdido una mañana... Hay suerte mas desdichada!

Fer. Para el caballo, sobre todo.

Sau. Ah! para mí, para mí, que contaba con llegar mucho antes que Hortensia... tengo tan pocas ocasiones de probarle mi amor, y ella es tan incrédula!

Fer. Qué disparate! Mi hermana está persuadida de que la adoras; se lo he dicho yo cien veces...

Sau. En ese caso, por qué no se decide en fin?

Fer. Por qué? por qué? porque le ha ido mal con su primer marido, que la adoraba, y desconfia de las grandes pasiones, y de su duracion sobre todo... Teme tu mudanza.

Sau. Yo mudar? ah! Bien claro se deja ver que no me conoce... mudanza en mí! cuando yo llegue á querer, Fernando, es para siempre... tu hermana en fin es la única muger á quien he querido.

Fer. (*Con frialdad.*) Lo creo.

Sau. Cien veces se lo he dicho, y se lo he jurado... es la verdad.

Fer. Y á mí me lo dices? Qué me importa? Eres buen muchacho, corriente; eso es cuanto yo necesito en un cuñado; mi hermana se casará contigo.

Sau. Tú me lo aseguras?

Fer. Yo respondo. Y si tardase en decidirse, yo te enseñaria un medio...

Sau. Cuál?

Fer. Un medio que acabo yo de descubrir, una receta que es probada con las mugeres.

Sau. Acaba.

Fer. Pero es fuerza usar de ella con discrecion: te lo diré sin embargo, previa una condicion.

Sau. (*Con viveza.*) Acepto desde luego.

Fer. Un favor que me has de hacer.

Sau. Dinero? mi bolsillo está abierto para ti.

Fer. No.

Sau. Entre cuñados...

Fer. No se trata de eso, en otra ocasion no digo que no ocurra... es posible; pero por ahora no es eso lo que me inquieta, sino un marido.

Sau. Un marido?

Fer. A quien es preciso desviar de aqui por un rato, y cuento contigo.

Sau. Conmigo, que estoy sin ver todavía á tu hermana?

Fer. Se está vistiendo, y no puede recibirte ahora; ademas no ha de ser ahora mismo precisamente, sino á las cuatro. Todavía no pueden ser.

Sau. Y dónde le he de llevar?

Fer. Adonde quieras, á ver los muelles, la catedral, las curiosidades del pueblo; qué sé yo!

Sau. Pero hombre, ese marido, no conociéndole siquiera...

Fer. Pues ahí está el mérito. Y qué importa, hombre: todos los maridos se parecen... Oh! y este ofrece ademas una ventaja incalculable! es agente de negocios: tienes mas que hablarle...

Sau. Fernando, en conciencia puedo yo cooperar á burlar á un marido estando en vísperas...

Fer. Hoy todavía sí! y en rigor hasta que transfugo decidido te hayas pasado á las filas enemigas. Pero aqui viene! aqui viene!

ESCENA IX.

MONVEL. FERNANDO. SAUVIGNY.

Mon. (*Con varios paquetes.*) Qué contentas se van á poner mi muger y mi hija! Les he encontrado los dos vestidos mas bonitos... (*Saluda á Fernando, y acercándose despues hácia Sauvigny.*) Qué veo! Estoy yo dispierto? Es posible...?

Sau. (*Corriendo hácia él.*) Señor Monvel...!

Fer. Le conoces?

Sau. Sí, amigo mio, sí.

Mon. (*Estupefacto.*) Usted, Sauvigny, á quien creíamos muerto?

Fer. Cómo?

Mon. La carta que usted dejó... su desaparicion de Bañeras...

Sau. Ah! me recuerda usted...

Mon. Con que no fue cierto? vive usted todavía? Este incidente me colma de alegría; le queria á usted como á un hermano; usted sabe el sentimiento que nos dió? Abrace usted, amigo, abrace usted. Vea usted! qué diablo! un hombre que vive todavía!

Fer. Magnífico... son ustedes conocidos antiguos...? (*Bajo á Sauvigny.*) Ahora ya puedes llevarle... á las cuatro, eh? (*Alto.*) A Dios, voy á ocuparme en tus intereses; no olvides los mios.

ESCENA X.

MONVEL, SAUVIGNY.

Mon. Vaya, vaya! Déjeme usted, hombre, que lo mire á usted otra vez. Usted, á quien todos habíamos llorado en Bañeras por muerto... usted, cuyo suicidio, de cuya muerte incontestada nos dieron tan minuciosos detalles los periódicos! Es cosa prodigiosa! Es cosa de poner el grito en las nubes...

Sau. (*Con viveza.*) Al contrario! y ruego á usted que no miente semejante aventura... sobre todo aqui.

Mon. Por qué? Un suicidio por amor!

Sau. Auto en favor... eso me perderia... desbarataria tal vez mi boda.

Mon. Pues cómo?

Sau. Usted es discreto, supongo?

Mon. Un agente de negocios, hombre; es mi oficio!

Sau. Puedo fiarme de usted; ademas de que siempre me mostró usted tal amistad... (*Despues de una corta pausa.*) Sepa usted, pues, que cuando nos conocimos en las aguas de Bañeras, yo estaba atacado de una enfermedad nerviosa, la cual habia producido en mí una sensibilidad tan esquisita, que me enamoraba de cuantas mugeres veia... una sobre todo...

Mon. Sí, aquella hermosa inglesa...?

Sau. No.

Mon. La muger del médico de los baños?
Sau. Nada.
Mon. Quién, pues?
Sau. El nombre no hace al caso...
Mon. Oh! ya caigo... aquella condesita...
Sau. Como usted quiera, tanto mas, cuanto que inflecsible y severa, me trató con tal crueldad, que arrebatado del delirio, del parosismo de la pasion... dominado acaso tambien por ese mismo mal nervioso, de que tengo á usted hablado... tomé la determinacion de acabar de una vez para siempre, pero una determinacion firme, irrevocable... Y el género de muerte que escogí, como el que estaba mas en armonía con el estado de mis ideas, consistió en precipitarme en uno de aquellos abismos tan frecuentes en los Pirineos... hallaba yo en esta idea cierta grandeza y sublimidad...
Mon. Sí, por lo estravagante.
Sau. Bien puede ser... Ahora bien; despues de haber escrito á mi criado, haciéndole don de mis efectos, y rogándole que no se molestase á nadie á causa de mi muerte, me encaminé hácia el sitio que habia escogido... era por la mañana... ya por el camino íbame serenando algun poco... de pronto me sentí mas frio en mi determinacion; ya se ve, tambien me hundia en la nieve hasta la rodilla, y hacia un viento de todos los diablos. Hice sin embargo un esfuerzo, pero al llegar al borde del precipicio medí con los ojos la pro-

fundidad, y un movimiento involuntario me hizo retroceder horrorizado. Volví con todo á asomarme, como avergonzado de mi flaqueza... en una palabra, á pesar mio ya, y solo por respetos humanos, por el qué dirán, por qué sé yo, iba á precipitarme, cerrando los ojos, cuando de repente oigo en la montaña un grande ruido... y era... á ver si acierta usted.

Mon. Algun monte de hielo que se desprendia...

Sau. Nada. Cárlos Vernet, uno de mis amigos, dirigiendo una gran batida de cazadores... ocupados en perseguir los gamos. Eran tantas sus carcajadas, tal su buen humor, que no me atreví á contarles mi aventura por miedo de que se burlasen de mí. Cuando todos ellos me gritaron: "Agréguese usted á la batida, con nosotros, con nosotros:" dije para mí: "Despues me mataré, á medio dia, y mejor todavia que ahora, porque no tendré tanto frio." Héme, pues, cazando gamos y corriendo las alturas, pero tan desatinadamente, que alli perdí sombrero, pañuelo, qué sé yo! en una palabra, que llegué al punto de reunion desvencijado y muerto de hambre.

Mon. Tenia usted hambre?

Sau. Devoraba! un apetito de todos los diablos... y en verdad que por entonces olvidé mi asunto principal... estaba ya á algunas millas de mi precipicio, y dije para mi sayo: "Si la desesperacion me ha permitido vivir

odavia tres horas y media, por qué no se ha le estender á cuatro, á cinco, á doce, y asi ucesivamente?" En esos casos, lo que cuesta s el primer paso. Hé aqui mi argumento, el nejor sin disputa de cuantos he hecho en ni vida para mi uso particular... Pero lo mas lificil no era volver á la vida, sino volver Bañeras... Cómo diantres esponerme á las hanzas, á los epigramas... cómo desmentir l periódico? cómo presentarme vivo ante esa nisma muger á quien amaba? No era posible. Tomando pues una determinacion decisiva, y n asiento en la diligencia de Tarbes, volvíne á París, y de alli al Havre... donde mi adre me puso al frente de nuestro comerio; y desde entonces los azúcares, el café, el lgodon... en una palabra, he estado siempre an ocupado...

n. Que no ha tenido usted un rato de lugar para matarse?

i. Asi es. Luego he hecho fortuna... he eunido un caudal muy bonito, lo cual siempre distrae algun tanto, y le da á uno otras deas... ideas por ejemplo de establecimiento, le boda.

n. Comprendo... Quiere usted poner ahora ese mismo caudal á los pies del objeto de su ntigua pasion.

u. No; á los pies de otra persona...

n. (*Riéndose.*) Pues y aquel amor que hapia de ser eterno, inestinguible...

u. Ecsiste, ecsiste, cada vez mas ardiente,

mas impetuoso si cabe. Siempre el mism
Solo que ha variado de objeto.

Mon. Ah! es el fenix que renace de sus pr
pias cenizas.

Sau. Cabal. Una viuda preciosa, hechicera
pero, á pesar de todo mi amor, no he poc
do lograr todavía su consentimiento... d
confia de mi y de mi constancia...

Mon. (*Con calma.*) No tiene razon.

Sau. Y como precisamente está aqui, en e
misma fonda, si se os moviese la lengua
hablar de esa desdichada aventura de E
ñeras...

Mon. Pobre mozo! no tenga usted cuidado,
seré yo quien le venda; y aun si puede se
útil mi mediacion...

Sau. Qué de bondad! cuánta generosidad! A
crea usted seguramente que tengo sincer
remordimientos... Si usted supiese...

Mon. Qué?

Sau. (*Viendo abrirse la puerta de la izquie
da.*) Nada... ahí tiene usted al objeto de
amor.... ella llega con su hermano.

Mon. Hortensia?

Sau. La conoce usted?

Mon. Es íntima amiga de mi muger.

Sau. (*Espantado.*) De su muger!

ESCENA XI.

ONVEL. SAUVIGNY. HORTENSIA. FERNANDO.

t. (*Saludando.*) Acabo de saber su llegada
e usted, y esperaba la visita.
. (*Turbado.*) Ignoraba, señora, que estu-
iese usted visible... me he encontrado aquí
on un amigo... un amigo verdadero...
t. (*Sonriendo.*) Muchos tiene usted; por-
ue aquí está mi hermano abogando por us-
d hace media hora con un interes...
. He cumplido mi palabra; acuérdate tú
e la tuya.
t. Qué?
Nada... Ha dicho á usted que mi amor,
ue mi cariño, que mi constancia, que será
erna, se lo juro á usted...
t. Qué conmovido está usted!
Cuando la veo á usted... me encuentro
lemas en una posicion...
. (*Adelantándose.*) Embarazosa...
t. (*Viéndole.*) Ah! caballero Monvel...
ero y Clotilde? dónde está?
. En su cuarto probablemente.
t. (*A Sauvigny.*) Quiero presentarle á us-
d á mi mejor amiga.
Santo Dios! (*Bajo á Monvel.*) Esto es he-
o! su sorpresa, su espanto...
. Dice usted bien.
t. (*Pasando entre Monvel y Sauvigny,*

y tendiéndole la mano.) Venga usted...

Sau. Usted me perdonará, señora... pero u asunto importante, de que estaba enteran al señor, y del cual tiene la bondad de enc garse...

Fer. (*Bajo á Sauvigny.*) Bravo!

Sau. Es forzoso que vayamos juntos á casa un escribano de Ruan...

Fer. (*Bajo á Sauvigny.*) Eso es.

Sau. Que suele salir temprano...

Fer. Van á dar las cuatro...

Mon. (*Tomando su sombrero.*) Me tiene us á sus órdenes...

Fer. (Qué buen señor!)

Sau. (*A Hortensia.*) No se incomodará ust supongo...?

Hort. Incomodarme porque se ocupe usted sus quehaceres... al contrario; es prueba que tiene usted juicio. Yo tambien tengo gunas compras que hacer... en el almac grande de la plaza; usted me acompañ hasta alli; alli le dejaré á usted solo con M vel, de quien me alegraria que tomase us ejemplo... y despues en la mesa... porc comeremos juntos, supongo, con Monve su señora...

Sau. Su señora! (Felizmente para entonces bremos tenido tiempo de prevenirla.)

Hort. Ea, pues, vamos. (*Tomando el brazo Monvel.*)

Sau. (*Mirando con interes á Monvel.*) Y pobre Monvel entre tanto...! Oh! no, volv

cuanto antes. (*Dando la mano á Fernando.*) A Dios.

Fer. A Dios.

ESCENA XII.

FERNANDO.

Por fin se fueron! quedo dueño de la plaza. Solo y con ella! Hoy será forzoso que me escuche: al fin me podré esplicar. Pero en primer lugar prudencia: por miedo de alguna sorpresa cortemos la retirada al enemigo. (*Indicando la puerta del fondo.*) No hay mas entrada que esta puerta, y echando el cerrojo... (*Le echa, y ve á Clotilde que entra por la derecha.*) Ella es. Ya era tiempo.

ESCENA XIII.

CLOTILDE *á la derecha.* FERNANDO *en el fondo.*

Clot. (*Sin verle.*) Las cuatro acaban de dar. Felizmente mi marido no ha vuelto todavía... Yo fallezco! tengo un miedo... (*Pasa á la izquierda; se vuelve, y ve á Fernando.*) Ahí está!

Fer. (*Acercándose.*) Oh! qué de bondades, señora! Permítame usted que me arroje á sus plantas, y que la bendiga como mi única esperanza... Ah! señora, usted salva la vida á un desdichado!

Clot. (*Con candor.*) Oh! seguramente; y á no ser por eso...

Fer. Apenas creia posible tanta dicha! Sin embargo, nada hay mas cierto, es usted misma, aqui, á mi lado, solos los dos, y ya puedo repetirle á usted que la amo, que la adoro, que me es imposible vivir de hoy mas lejos de usted...

Clot. Oh! mas bajo... por piedad... Su hermana de usted...

Fer. No está.

Clot. Mi marido...

Fer. Me he prevenido contra su vuelta.

Clot. (*Asustada.*) Santo Dios!

Fer. (*Deteniéndola.*) Usted me ha prometido escucharme.

Clot. Y no le oigo á usted, por ventura?

Fer. Cierto; es demasiado, sin duda! pero puede acaso bastarme que usted me oiga, si se obstina usted en no comprender lo que pasa en mi corazon? sino, no apartaria usted de mí esos ojos, porque muero, y cuya luz imploro... (*Se acerca cada vez mas.*)

Clot. (*Queriendo alejarse.*) Caballero! Es eso lo que me habia usted prometido? Oh! bien me acuerdo; me juró usted que su discrecion...

Fer. Mi discrecion! Y qué imperio puede conservar la razon sobre quien se desconoce á sí mismo? sobre aquel en cuya alma reina sola mas espantosa desesperacion?

Clot. (*Asustada y aparte.*) Dios mio! (*Alto.*

Seguramente, caballero, yo sentiria mucho ser causa de una desgracia... usted lo ve... Pero usted por su parte debiera no abusar de mi situacion... Porque, en fin, esta mañana no me pedia usted sino una entrevista...

Fer. Y de qué me servirá, señora, ese vano favor? de prolongar algunos instantes una ecsistencia que ha llegado á serme enfadosa?

Clot. Qué dice usted?

Fer. Que no me habré quitado la vida en su presencia de usted, que usted habrá sabido evitar tan terrible espectáculo; eso será, y no mas, lo que habrá conseguido. (*Con delirio.*) Pero mañana, ídolo mio, nos veremos separados para siempre! mañana usted partirá...

Clot. Oh! sin duda; hoy mismo, si pudiera.

Fer. (*Frenético.*) Y quiere usted que viva!

Clot. Bien, no, no; no partiré mañana. Pero déjeme usted. (Yo sufro...!)

Fer. Ah! bien mio! si mi voz ha sabido encontrar el camino de ese corazon, si tiene piedad de un infeliz, dígnese usted dirigirme al menos una mirada, una mirada de perdon... una sola, señora, ó me verá usted espirar á sus pies...

Clot. Dios mio! Alce usted. Oh! no!

Fer. (*Sorprendiendole una mano, mientras ella vuelve la cabeza.*) Permítame siquiera, angel de belleza, que selle en esa mano celestial estos labios que te juraron un amor eterno...

Clot. (*Desasiéndose.*) Basta ya, caballero!

Fer. Si, bien mio, *tu amor, ó la muerte!*

Clot. Me es imposible sufrir mas: qué osadía! (*Rechazándole.*) Caballero, por última vez... (*Llaman á la puerta.*) Silencio!

Mon. (*Desde fuera.*) Abre, muger, abre.

Clot. Mi marido!

Fer. (*Aparte levantándose.*) Cómo diablos le ha dejado Sauvigny escapar tan pronto?

Clot. (*En voz baja.*) Oh! váyase usted, por Dios, váyase usted.

Fer. (*En voz baja.*) Con la condicion de que en volviendo á salir prolongará usted esta entrevista... me lo promete usted?

Clot. (*Fuera de sí.*) Sí, bien; váyase usted, váyase usted.

Fer. (*En tanto que se oye llamar todavía.*) Pero por dónde? ah! el cuarto de mi hermana... es un sagrado.

Clot. (*Viendo que se encierra.*) Sobre todo, suceda lo que suceda, no salga ueted... Volemos á abrir! Dios mio! Hay situacion igual á la mia? (*Abre la puerta del fondo.*)

ESCENA XIV.

CLOTILDE. MONVEL.

Mon. Te he venido á incomodar?

Clot. (Esto es peor!)

Mon. Estabas en tu cuarto, y por eso no me oias?

Clot. (*Turbada.*) Cierto; por eso te he hecho esperar.

Mon. No importa: qué mal hay en eso...? pero no vengo solo. (Valgámonos de precauciones oratorias.) (*Alto.*) Viene conmigo una persona para quien los instantes son preciosos.

Clot. Quién, pues?

Mon. Una persona que no esperabas volver á ver, y que desea ardientemente serte presentada...

Clot. Para qué?

Mon. Para pedirte un favor, que seguramente no le negarás.

Clot. Santo Dios! hoy todo el mundo se ha desatado á pedir... Que venga en hora buena; que entre, vamos.

Mon. Siempre que prometas no asustarte...

Clot. Qué! quién puede ser...

Mon. Y que no se te escape un solo grito de...

Clot. Pero qué es? (*Viendo á Sauvigny, que entra, da un grito.*) Ah!

Mon. No dije! (*Sosteniéndola.*)

ESCENA XV.

CLOTILDE. MONVEL. SAUVIGNY.

Clot. Es un sueño?

Sau. Señora...

Clot. Apenas puedo creer á mis ojos!

Mon. El Sauvigny, el mismo Sauvigny.

Sau. Yo soy, señora... (Qué fortuna, que Hortensia no haya estado presente!)

Clot. (*Volviendo en si de su turbacion.*) Usted vive todavía?

Sau. (*Avergonzado y balbuciente.*) Señora, en valde lo negaria.

Mon. No solo vive, sino que goza, como ves, de muy buena salud.

Clot. (*En tono de reconvencion.*) Cómo, caballero, usted no murió?

Sau. Señora, yo pido á usted mil perdones... no es culpa mia si...

Mon. Ya lo sabrás, ya lo sabrás todo... te lo contaremos por menor... pardiez! te ha de divertir. A mí, esta mañana, me ha hecho reir...!!!

Sau. (*En tono de súplica.*) Señor Monvel...

Mon. (*Con viveza.*) Tiene usted razon; no es ese el objeto de nuestra visita: se trata nada menos que de salvarle la vida.

Clot. (*Asombrada.*) Otra vez!

Mon. (*Con viveza.*) Hay en Ruan una persona á quien ama perdidamente, y con quien quiere casarse.

Clot. (*Indignada.*) El señor! Dios de justicia!

Sau. (*Bajando los ojos.*) Ah! señora, es demasiado cierto.

Mon. Tu querida amiga Hortensia.

Clot. (*Asombrada.*) Cielos! ese jóven del Havre, de quien me hablaba ella está mañana.

Mon. Él es.

Clot. Ese amante, á quien ella no encontraba mas defecto que un esceso de pasion?

Mon. El mismo.

Clot. Ese corazon que jamas habia amado á otra, y que habia de amarla siempre!

Mon. Cabal.

Clot. Que horror! Oh! lo sabrá todo, sabrá la verdad entera.

Mon. Héahi precisamente lo que es preciso evitar.

Sau. Señora, si mis ruegos...

Mon. Te pedimos por Dios que guardes el mayor silencio.

Clot. Y veré engañar tranquilamente á mi mejor amiga?

Mon. No la engaña, no la engaña; la quiere realmente, va á perder el juicio...

Clot. (*Indecisa.*) Y la otra...? y la persona de Bañeras?

Mon. Ya no la ama, muger; por mejor decir, nunca la amó... él mismo me lo ha dicho.

Sau. (*Precipitadamente.*) No he dicho eso!

Mon. Poco menos.

Sau. He confesado por el contrario que merecia todo mi amor, y que en efecto la adoraba...

Mon. Sí, sí, una mañana, horas. Él mismo se está haciendo mas reo de lo que es realmente. Una pasion como la de todos los muchachos, un capricho, un pasatiempo!

Clot. Un pasatiempo! y queria matarse?

Sau. (*Adelantándose.*) Sí señora, estaba decidido, se lo juró á usted, y la única consideracion que pudo impedirmelo...

Mon. Fue un almuerzo qne le ofrecieron cuatro amigos, y unas botellas de Champagne que le salieron al paso... y media hora des-

pues ya no se acordaba de semejante proyecto... si me lo ha contado todo.

Sau. Señor Monvel...

Mon. Y hizo usted muy bien, yo lo apruebo.

Clot. Es una infamia!

Mon. Disparate! y haces mal en conservarle rencor. Nada mas natural. El que jura y perjura que ha de estar eternamente enamorado es un loco, un mentecato que se engaña á sí mismo... Pende eso de él, por ventura? Es uno dueño acaso de esos sentimientos? Tanto valdria jurar que ha de estar uno eternamente bueno.

Clot. Enhorabuena... pero amenazar con el suicidio!

Mon. Ba! ba! Déjanos en paz. Pero tú crees eso?

Clot. (*Mirando á Sauvigny.*) Á lo menos hasta ahora he creido...

Mon. (*Riendo.*) Ah! ah! ah! pobre Clotilde!

Clot. Te ries de mí?

Mon. Seguramente. Todo el mundo lo dice, pero nadie lo hace. Testigo el señor, que obraba de buena fé... con cuánta mas razon pues se puede decir de los que van de mala, de los que representan un papel de comedia.

Clot. (*Dando un grito de indignacion.*) Ah!

Mon. Qué tienes?

Clot. (*Pasando á la izquierda.*) Nada... (Y yo, que no ha mucho aqui mismo...!) (*Alto, mirando á la puerta del cuarto donde se encerró Fernando.*) La presencia del señor me presta un servicio que le agra-

deceré, guardando ese silencio que ecsige.

Sau. Es posible?

Mon. Cuando le dije á usted que era la bondad misma.

Clot. (*Mirando á la puerta de la izquierda.*) Sí... una bondad... (*Aparte con despecho.*) de que no se habrá burlado nadie impunemente... (*Alto.*) Pero dónde está Hortensia?

Mon. La hemos dejado haciendo compras.

Clot. (*Que se ha sentado á escribir.*) Sí? Pues es preciso buscarla, y hacer de suerte que llegue esta esquela á sus manos... (*A Sauvigny.*) No tema usted nada; no trato de venderle á usted... al contrario. (*A Monvel.*) Pero es absolutamente indispensable que esta esquela le sea entregada al momento, ó al menos antes de comer.

Mon. Pierde cuidado... Dijo que debia acabar sus compras por el almacen grande de la Plaza. Voy á enviar allá á un mozo de la fonda.

Clot. (*Dándole la esquela que acaba de cerrar.*) Lo mas pronto posible.

Mon. Y no te parece que hariamos bien mientras vuelve en bajar al jardin...

Clot. Yo prefiero quedarme aqui.

Mon. Como gustes.

Clot. Pero tú puedes bajar; podrías acompañar á nuestra hija...

Mon. Dices bien; la pobre Julieta, que no ha salido hoy en todo el dia.

Sau. (Qué es esto? Pretende alejarle de aqui? Será por Fernando?)

Mon. Viene usted, amigo mio?

Sau. (Habrá buen hombre! Cómo diablos prevenirle?) (*Alto.*) No; tengo que escribir, y me retiro... (Velaré sobre su conducta! observaré desde aqui.) (*Saluda ligeramente, y se entra por la segunda puerta de la derecha, detras de la cual entreabierta se mantiene durante la escena siguiente.*)

Mon. Hasta luego, pues.

Clot. (*Cogiéndole una mano, y oprimiéndola con ternura entre las suyas.*) A Dios, querido esposo!

Mon. Ah! hace mucho tiempo que no la veo tan amable. (*Sale por la primera puerta de la derecha. Clotilde despues de haber cerrado la puerta de la derecha se dirige hácia la de la izquierda.*)

ESCENA XVI.

CLOTILDE. FERNANDO. SAUVIGNY *oculto.*

Clot. Puede usted salir; todos se han marchado. (*Toma una silla y su labor, y se sienta en medio de la escena.*)

Fer. Ah! señora, cuán largos, cuán eternos me han parecido estos momentos! mi corazon latia con tal violencia, que sentia apagarse en mí la fuente de la vida... en este instante mismo apenas puedo estar en pie.

Clot. (*Friamente.*) Sí...? pues siéntese usted.

Fer. (*Con calor.*) Sentarme! cuando estoy al lado de usted, cuando la contemplo á usted con embriaguez!

Clot. (*Haciendo labor.*) Ya veo que le vuelven á usted las fuerzas.

Fer. Vuelven, sí, para sufrir, y para sufrir mas que nunca.

Clot. Eso sería verdaderamente sensible... porque en fin, despues de cuanto usted y yo hemos hecho... si no hubiese mejoría posible, sería preciso renunciar del todo á los remedios.

Fer. (*Asombrado.*) Qué quiere usted decir?

Clot. Que en gracia del cariño que tengo á su hermana de usted, á mi mejor amiga, he querido salvar á su hermano.

Fer. Cómo? no era por mí?

Clot. De ningun modo... yo no le conocia á usted... Pero en tratándose de la vida de alguien, tanto da uno como otro. Es cuestion de humanidad.

Fer. Cómo? ni el menor sentimiento hácia mí, ningun afecto...? Oh! no es posible; esa tranquilidad, esa calma, cuando ve usted á su lado al mas desgraciado de todos los mortales...! (Está visto; es cosa de volver á empezar... Vea usted lo que es una interrupcion en el momento crítico...!) (*Alto.*) Sí señora; usted se dignará escucharme... sus ojos no permanecerán siempre clavados sobre esa labor, sobre ese bordado, que me desespera; por fin me dirigirá usted una mirada de

compasion... ó estas palabras que pronuncio serán las últimas que oirá usted de mis labios... y ese balcon que da al rio... ese balcon!! (*Da algunos pasos hácia el balcon; Clotilde no se mueve.*) (Hola! no se mueve...?) (*Alto.*) Este balcon, del cual voy á precipitarme...! (No me detiene?) (*Alto, y volviendo precipitadamente hácia ella.*) Pero no; no quiero morir lejos de usted... delante de usted misma, á sus pies quiero deponer una ecsistencia que usted desdeña.

Clot. (*Friamente.*) Mucho lo sentiria; pero no está en mi mano impedirlo.

Fer. Ah! lo dice usted, cruel, porque sabe usted que estoy desarmado, y que no tengo mas que mi desesperacion... pero si pudiese encontrar una arma...!

Clot. No es mas que eso lo que usted desea? (*Desatando friamente la llave que pende de su cinturon.*) Tome usted...

Fer. Qué es?

Clot. (*Levantándose.*) Abra usted esa papelera... (*Viendo que él titubea.*) Abrala usted; ahí encontrará usted una caja...

Fer. (Oiga!) (*Alto.*) Dónde?

Clot. Ahí mismo, ahí.

Fer. (*Cogiendo la caja.*) Ah! estas pistolas...

Clot. Son de usted.

Fer. (*Ap. asombrado.*) Cielo santo...! (*Alto, abriendo la caja, tomando una pistola, y haciendo del sandio y desesperado.*) Con que usted lo quiere... usted lo ecsige...

Clot. (*Friamente.*) Puesto que no hay otro medio de curar á usted... eso es cosa de usted, amigo mio. Por usted...

Fer. Diga usted mas bien que es por usted misma, que tiene usted á dicha librarse de esta suerte de un amor que la importuna, que le es odioso, que la estorba tal vez... sí, porque sin duda tengo un rival, le tengo, estoy seguro.

Clot. Auto en favor para...

Fer. Ah! eso es ya demasiado! (*Tronando.*) Pues bien, señora; no, no me mataré...! eso sería dar á usted un buen rato, proporcionarla un placer... se atreve usted á reirse todavía en una circunstancia semejante!!!

Clot. (*Riendo á carcajadas.*) Sí por cierto... adelante, caballero, adelante... solo estaba esperando ese momento para adorarle á usted.

ESCENA XVII.

FERNANDO. CLOTILDE. HORTENSIA. *Despues* SAUVIGNY.

Hort. (*Entra precipitadamente, ve á Fernando con la pistola en la mano, da un grito y se arroja en sus brazos.*) Hermano mio! Te vuelvo á ver! vives todavia!...

Fer. (*Queriendo desasirse de sus brazos.*) Qué tienes? por Dios que...

Hort. No estás herido?

Clot. Oh! no, no; yo respondo.

Hort. He tenido un susto... porque al fin, esta esquela de Clotilde que me acaban de dar... Lee, lee.

Fer. (*Leyendo.*) "Ven volando, querida Hortensia; tu hermano está en este momento en el mayor riesgo que puedes imaginar." Señora, usted... (*A Clotilde.*)

Clot. (*Riéndose.*) Me figuré que querria usted morir al lado de los suyos. (*Al oido á Hortensia.*) Es una pequeña leccion que le he dado; queria matarse por mí, pero tranquilízate, amiga mia.

Hort. Es posible? (*Mirando á Fernando avergonzado.*)

Sau. La burla ha sido buena!

Fer. Cómo? tú estabas tambien en el complot? Este insulto...

Sau. No, amigo mio, era solo testigo. (*Al oido.*) Acuérdate de que la leccion puede servirnos á los dos.

Fer. (*Mirando á los tres, que se rien de él.*) Ah! esto es insufrible! El ridículo que cae sobre mí me obligará á hacer por fin...

Hort. Hermano mio!

Sau. (*Calmándole.*) Qué dices? Clotilde es demasiado delicada para abusar de esta pequeña ventaja que tu locura le ha dado sobre tí... y creo que...

Clot. (*Alarga la mano á Fernando.*) Si mi amistad puede...

Fer. (*Cogiéndola, y humillado.*) Señora!

Sau. Tu hermana está tan interesada en guar-

dar el silencio como tú; y en cuanto á mí, un medio hay de identificarme para siempre en los intereses de la familia... Cumple tu palabra, y olvidemos...

Fer. Ah! Sauvigny... Hortensia... (*Mirando á esta en ademan de interceder por Sauvigny.*)

Hort. Un momento! (*Escuhando.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. MONVEL.

Mon. (*Abalanzándose á Fernando, á quien ve con la pistola en la mano.*) Qué significa esto, caballerito?

Clot. (*Echando de ver su mano envuelta en un pañuelo de seda.*) Qué es eso? qué tienes?

Mon. Nada...

Clot. Cómo! nada?

Mon. Nada absolutamente: nuestra hija estaba jugando hace poco á la puerta del jardin, cuando de pronto vimos venir corriendo hácia ella un perro, de muy mala traza por cierto, y unos hombres que venian detras gritando: "A un lado, á un lado, que rabia!" Yo me arrojé entre el perro y la niña, y el animal me mordió: nada mas...

Todos. Pero rabioso!

Mon. No... miedos pueriles; un instante despues le hemos visto beber en la fuente inmediata. Felizmente...

Hort. Pero usted lo ha creido...

Mon. Oh! pardiez, sí.

Hort. Y á pesar de eso...! Qué generosidad!

Mon. Generosidad? No por cierto; tratándose de mi hija ó de mi muger, qué menos podia hacer? Es como si se tratara de uno mismo.

Fer. Sin embargo de que usted opina que no debe usted esponer su vida...

Mon. Cuando es preciso, nada mas justo. Auto en favor para no esponerla cuando no hay necesidad... Pero qué tenian ustedes cuando he entrado? Comemos, ó no comemos?

Clot. (*Enternecida.*) Ah! querido esposo, eres el mejor de los hombres.

Mon. Calla!

Clot. (*Enternecida.*) El mejor de los padres y de los maridos, y en este momento te amo como no te he amado jamas.

Sau. Y ese ejemplo, señora... (*A Hortensia.*)

Fer. Hermana mia, no te decidirás por fin á premiar un amor...

Hort. (*Alargándole la mano.*) Consiento por fin en ello, si mi hermano me da palabra...

Mon. (*Cogiendo el brazo de Clotilde.*) Despues de comer, despues de comer. (*Dirigiendose hácia la salida.*)

Fer. (*Casi al oido de Hortensia.*) Renuncio en buen hora á mis proyectos de *muerte*.

Sau. (*Cogiendo la mano de Hortensia.*) Y yo, solo á *tu amor* no renuncio.

FIN.